

SIN REMITENTE

Sin apenas poder abrir los ojos pegados por todas las legañas que se habían acumulado en los bordes de mis párpados a lo largo de la noche, apagué la alarma dando un suspiro de indignación y retorciendome por toda la cama. Me levanté casi mareado porque llegaba tarde al trabajo, como de costumbre.

Tener una vida tan monótona con 20 años no es en lo que soñaba de pequeño, anhelaba ser policía, patrullar por las calles de Nueva York y resolver misterios en los barrios más turbios. Sin embargo, me encuentro trabajando 10 horas diarias en un bar petado de turistas insoportables que piensan que el mundo gira alrededor de ellos. Por si fuera poco, me pagan una miseria que justamente me sirve para llegar a fin de mes, termino de currar a las tantas de la noche y al día siguiente amanezco con unas ojeras demasiado pronunciadas que claramente reflejan todo ese agotamiento.

Creía que iba a ser un día como cualquier otro, acabé de trabajar a las dos de la mañana y “arrastrándome por las calles de Nueva York” llegué a mi humilde apartamento. Iba a abrir la puerta del portal, cuando se me adelantó un vecino que salía de dentro del edificio. Vestía entero de negro, llevaba una sudadera que le quedaba grande y debajo de la capucha, portaba también una gorra. Además, lucía unas gafas de sol que le tapaban prácticamente todo el rostro. No dijo ni una palabra. No pude evitar quedarme atónito mirándole. Cruzó por en medio de la carretera, a esas horas ya desértica y, cuando estaba apunto de desaparecer por un callejón, se volteó a mirarme. Me dio tal escalofrío que me hizo salir de ese estado absorto en el que me encontraba. Qué tipo tan raro, y no solo por el hecho de que llevara gafas de sol a esas horas de la noche donde la única luz que hay es la del camión de la basura, sino porque misteriosamente había

sentido una conexión algo extraña con ese encapuchado que no recordaba haber visto antes.

Puede ser que fuera un vecino, no lo sé, iba tan tapado que apenas se le veía la parte inferior de la cara. Subí las escaleras para llegar a mi apartamento, abrí la puerta principal de mi casa y “mientras bostezaba” abrí la luz de mi pequeño recibidor. Alguien me había tirado una carta por debajo de la puerta. No le dí mucha importancia. Me eché en la cama y casi inmediatamente entré en un estado de sueño profundo del cual no salí hasta las diez de la mañana siguiente.

—Joder, otro día más que tengo que trabajar. Por lo menos hoy me he despertado a la hora que tocaba— Me dije a mí mismo. Me levanté con calma y cuando pasé por delante del recibidor pude notar que ahí seguía la carta, evidentemente. Esta vez me llamó más la atención. A mí solo me llegaban facturas y todas se quedaban en el buzón. Me acerqué y cuidadosamente la cogí. Antes de abrirla quise saber quien me la había enviado, pero no había remitente. Arqueé la ceja. Extrañado, la abrí y me dispuse a leer el texto que se encontraba dentro del sobre.

“Hola Logan. No sabes quien soy, aunque tampoco te quedo muy lejos. Hace diez años yo era tú. Sé que te puede parecer extraño, pero es así. Me han concedido la oportunidad de comunicarme contigo a través de esta carta y nadie más que tú y yo vamos a saber lo que pone. Nuestra vida es y sigue siendo una basura, ya lo sabes. Pero no de la manera en la que lo es la tuya ahora mismo. Sé que sonará de película, pero actualmente la especie humana está atravesando uno de los peores momentos de la historia. Vivimos como perros, golpeándonos unos a otros por un trozo de pan. Los políticos nos han llevado hasta aquí por culpa de sus cagadas que pronto vas a ir viendo día a día, una tras otra. Cada país se ha ido poniendo en guerra unos con otros por una bomba que se detonó en la reunión de la ONU que tiene lugar, como bien sabes, en NY. No se me ocurren maneras de que soluciones esto, pero tienes que hacer algo. Hazlo por ti, hazlo por mí, hazlo por

todos.”

Permanecí en silencio unos segundos. No se si fue por el hecho de que estuviera recién levantado o por lo que acababa de leer, pero mi cerebro no era capaz de procesar la información que, aparentemente, mi yo del futuro me había proporcionado. Tuve que leerla varias veces para asegurarme de que lo que estaba leyendo era cierto y para poder lograr entender lo que me estaba pidiendo. Aunque pareciera increíble lo que me acababa de suceder, tampoco decía nada impensable, pero se me hacía complicado el hecho de pensar en cómo iba yo a solucionar un asunto de tal gravedad. Se necesitan muchos medios y que mucha gente te escuche, en caso de que fuera cierto y de que no me tomaran por loco.

Mi cabeza no paraba de rodar por el cúmulo de información y preguntas que se estaban almacenando en mi cerebro cada centésima de segundo que transcurría sin yo poder hacer nada. Pensé en salir a la calle a gritar, pensé en abrirme una cuenta en twitter y dar voz a este suceso, pensé en matar a los cabecillas de los países más importantes, pensé en miles de cosas. Pero no hice nada. Nada.

Rompí la carta en mil pedazos, la tiré a la basura junto con los restos de comida de días anteriores. Me hice mi café cortado y mi tostada con aguacate. Me vestí y rápidamente salí por la puerta porque llegaba tarde al trabajo. No se lo dije a nadie. Actué como si no estuviera en mi mano cambiar las cosas, porque, al fin y al cabo, eso hacemos todos los días.